BIBLIOTECA

TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

LA ABADESA

erein

LA ABADESA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Septiembre 2025

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea
© EREIN. Donostia 2025
ISBN: 978-84-1093-025-4
D.L.: D 708-2025

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus

Imprime: Ulzama
Altzutzate kalea, 51
31620 Huarte, Nafarroa
T 948 332 808
contacto@ulzama.com
www.ulzama.com

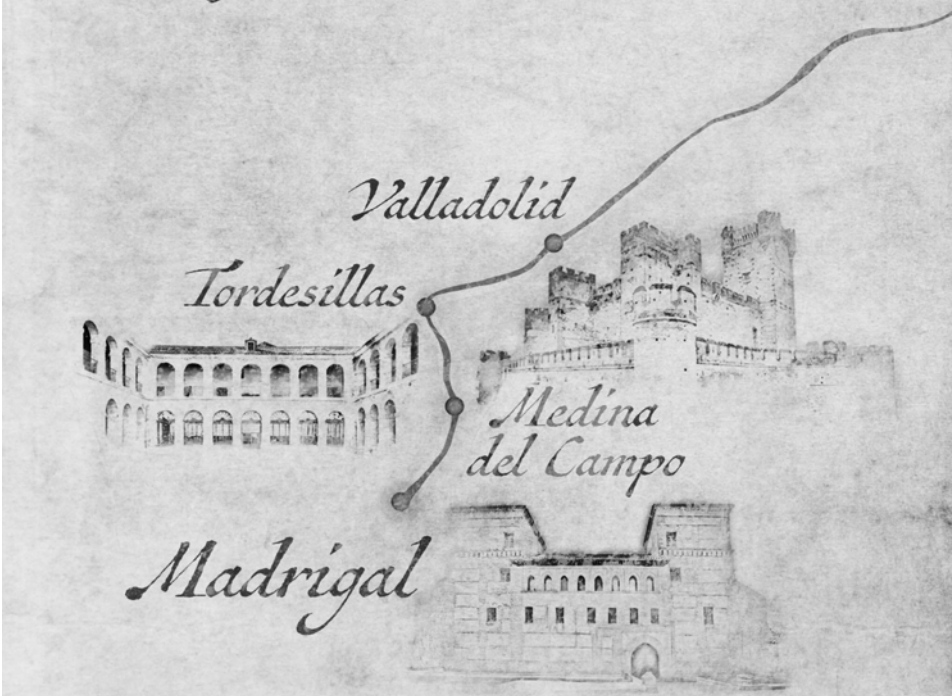
BIBLIOTECA

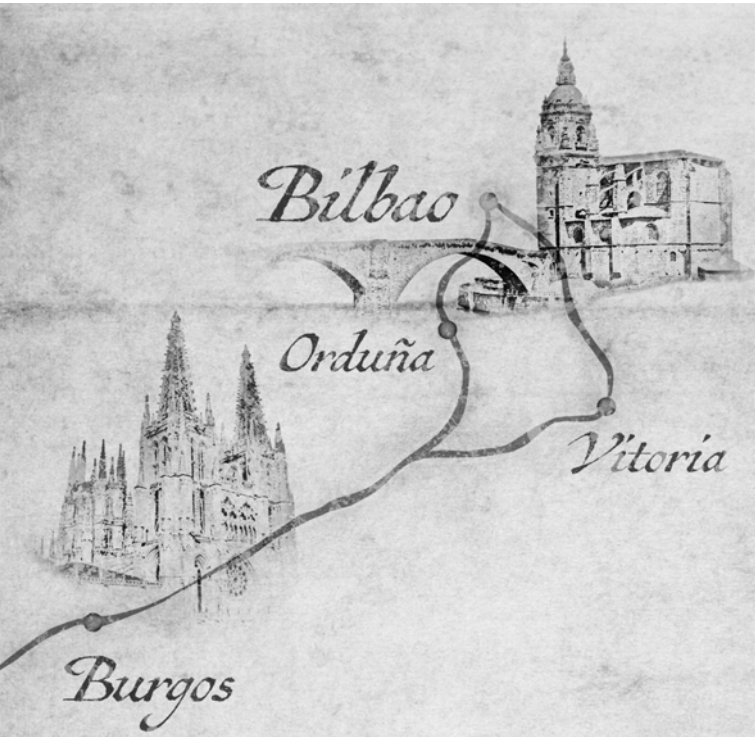
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

LA ABADESA

erein

María Esperanza de Aragón y Larrea, 'La Excelenta', hija de Fernando el Católico y de Toda de Larrea





Bilbao, 1476 - Burgos, 1548

Bilbao, verano de 1476

Toda se asomó a la ventana de su casa, la torre de Etxeberri, en la esquina de Carnicería Vieja, para contemplar la llegada del cortejo real.

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!

Su madre y su hermano acudieron a sus gritos y trataron de hacerse un sitio en el estrecho ventanal que daba a la plaza.

—¡Ten cuidado! –exclamó doña Mayor al comprobar que su hija se reclinaba sobre el alféizar con medio cuerpo fuera.

Su hermano Pedro la agarró por el talle, para obligarla a posar los pies en el suelo.

—¡Ahí llega el rey!

Fernando, príncipe heredero de Aragón y rey consorte de Castilla, estaba a punto de entrar en la villa para jurar los Fueros en nombre de su esposa doña Isabel. En sus jóvenes quince años de vida, Toda jamás había presenciado un acontecimiento similar, pero no era ella la única en sentirse excitada; de hecho, la población entera lo estaba por una u otra razón. Los gobernantes locales porque la presencia real en Bilbao era el mayor acontecimiento que podía tener lugar; los diferentes jefes de linajes porque deseaban inclinar la balanza de los privilegios hacia su lado; los comerciantes y tenderos porque esperaban obtener pingües beneficios durante las celebraciones; y el pueblo, en general, porque durante unos días olvidarían miserias y problemas para festejar, bailar y beber a cuenta del erario municipal.

La lucha de intereses entablada había sido tremenda. Los linajes se disputaron el honor y el derecho de organizar el recibimiento a don Fernando, y de nada valió que los alcaldes y los regidores de la villa, así como los miembros más comedidos de las dos parcialidades que se disputaban el gobierno de esta trataran de apaciguar los ánimos de los más exaltados. Las discusiones salieron a la calle, a las tabernas y a las plazas públicas, y no hubo día sin reyertas, heridos e incluso algún muerto debido a la acerba animosidad que gamboínos y oñacinos sentían unos por otros.

—Esta es una excusa como tantas otras –comentó Pedro de Larrea a su madre y a su hermana–, para dar rienda suelta a un odio incomprensible arrastrado desde hacía generaciones entre hijosdalgo vizcaínos, cuyo interés primordial debería ser el bien de su tierra.

También él había tomado parte en algunas de las riñas siguiendo las consignas de sus parientes y, muy especialmente, las de Tristán Díaz de Leguizamón, todopoderoso Pariente Mayor del linaje al que pertenecían los Larrea. Su palabra era ley y la mayoría de sus parciales la acataban sin cuestionarla pues estaban en juego otros intereses, mucho más importantes que el simple honor o la defensa del buen nombre. Los derechos de aduanas y de comercio con países extranjeros, el paso de mercancías y el producto de las herrerías, la exención de portazgos, los peajes, las entradas y salidas de los barcos y otros impuestos; el cobro de las rentas, la explotación de las minas, la obtención de cargos y prebendas, las cartas de privilegio, los salvoconductos y demás derechos debían contar con la autorización real. Esto era precisamente lo que perseguían los Parientes Mayores afincados en Bilbao; aquellos que obtuvieran mayor número de licencias serían más ricos que los demás y también los más poderosos. Siempre había

sido así y seguiría siéndolo entre los hombres de cualquier raza o nación.

En aquella ocasión, el bando oñacino salió vencedor. Leguizamón, Butrón, Arbieto, Arbolantxa y otros prohombres, cabezas de linaje, se encargaron de disponer el recibimiento real. Se ordenó la compra y salado de cientos de capones, gallinas, cabritos, lubinas y doradas; la provisión de especias, miel y trigo para hacer panes y dulces; frutas de todas las clases para consumir frescas y cocidas; huevos, leche, sidra y vinos en grandes barricas, que llegaron de tierras de La Rioja, Burdeos y La Rochelle. Todo ello, por supuesto, a cargo del Señorío. Don Fernando se hospedaría en la torre de Arbieto, se proclamarían jornadas de fiestas aquellas que el príncipe pasara en la villa y se organizarían ceremonias, fuegos de artificio, bailes, juegos y todo lo que se considerara digno de personaje tan encumbrado. Nadie que viviera aquellas festividades olvidaría jamás que había tenido el privilegio de contemplar a uno de los príncipes más poderosos de la Cristiandad.

—¡Allí! ¡Allí!

Un murmullo se elevó entre los espectadores. Tras los alabarderos, soldados de a pie y a caballo, y escuderos portando los estandartes reales, apareció don Fernando montado en un hermoso caballo árabe y acompañado por los grandes del reino. Contaba a la sazón veinticuatro años y estaba considerado el hombre más atractivo de los dos reinos, tanto del de Aragón, del cual era príncipe heredero, como del de Castilla, del que era rey consorte. Cierto es que hasta el más humilde de los hombres habría parecido atractivo vestido de terciopelo, con un jubón de color grana, adornado con flores bordadas en hilo de oro, abierto sobre una camisa blanca de lino con puños y cuello de encaje; calzas también de terciopelo a juego con el jubón y botas de montar con espuelas de plata; con una

gruesa cadena de oro macizo sobre el pecho y un sombrero de pluma adornado con perlas. Su fama de soldado invicto y astuto gobernante iba pareja con la de su gusto por los asuntos del lecho, y no se sabía muy bien cuál de las dos levantaba más curiosidad sobre su persona, tanto en los hombres como en las mujeres. Los pajes que caminaban delante de él lanzaron monedas de plata y cobre al pueblo, que las recibió arreciando en sus gritos de entusiasmo.

Toda no pudo esperar más y se lanzó escaleras abajo para ver de cerca al cortejo. Ni las llamadas de su madre, ni el intento de Andresa, su aya, para detenerla sirvieron de nada. Se encontraba en la plaza antes de que el príncipe hubiera descabalgado y trataba de abrirse paso a codazos entre la multitud. Una mano férrea la agarró por el brazo.

—¿Se puede saber adónde vas?

La joven se giró enojada, pero su enojo se transformó en una sonrisa al comprobar que el hombre que la increpaba era su prometido, Martín Sánchez de Arana, tan solo un par de años mayor que ella.

—¿Has visto, Martín? –respondió ella preguntando a su vez, mientras se alzaba sobre la punta de los pies para poder ver mejor–. ¿Has visto alguna vez algo tan extraordinario?

—Este no es lugar para una joven que va a matrimoniar dentro de pocos meses –respondió el joven, tratando de aparentar severidad.

—¡Déjate de monsergas! Un acontecimiento así no volverá a repetirse en mucho tiempo. ¡Ven a ver si podemos acercarnos un poco más!

El joven se dejó llevar; no podía negar nada a la muchacha impetuosa que le había sido destinada. Se conocían desde que eran niños, que él recordara siempre se habían querido y la feliz idea de casarlos por parte de sus familias era para ambos

algo tan natural como la propia vida. Empujando y presionando, lograron hacerse un hueco a fin de observar la ceremonia que se estaba llevando a cabo delante del portal de Tendería. Don Fernando juró los Fueros, por los que se comprometía, en nombre de la reina de Castilla, a guardar fielmente las libertades, usos y costumbres; se le hizo entrega de las llaves de la villa y un clamor ensordecedor atronó por todos los rincones. Doña Isabel era, a partir de entonces, reconocida como Señora de Vizcaya, y sus nuevos súbditos le juraban lealtad. La pareja aprovechó el barullo para entrelazar sus manos y susurrarse palabras de amor al oído. El roce de sus cuerpos los impelía a mayores demostraciones de afecto, pero no era cuestión de dar que hablar y se limitaron a sonreírse sin prestar mayor atención a la ceremonia.

Tristán Díaz de Leguizamón hacía los oficios, al lado del corregidor, los alcaldes, regidores y hombres principales de Bilbao, pero dejó bien claro con su arrogancia que él, y solo él, controlaba en aquel momento el gobierno de la villa. Tras el juramento y besamanos posterior, la comitiva se desplazó a la Casa Consistorial en la que se hallaba dispuesto un banquete de tal magnitud como no se recordaba en años. Fueron invitados todos los hombres y mujeres principales de Vizcaya, incluyendo a los jefes del bando gamboíno, Zurbarán, Basurto, Abendaño y otros, colocados lo suficientemente lejos como para no tener acceso directo al príncipe y restando así de manera sutil su influencia real en los asuntos del Señorío. El número de comensales sobrepasó los quinientos. Diez cocineros y un sinfín de ayudantes y pinches preparaban plato tras plato, que eran servidos por jóvenes doncellas de las mejores familias oñacinas. Toda, entre ellas.

Fue durante aquel banquete donde la vio don Fernando. De todos era conocido el gusto que sentía por las mujeres de cualquier condición, la fama de amante fogoso e incansable, adquirida desde temprana edad, lo precedía allí adonde iba, y sus aventuras llenaban las conversaciones de comadres y vecinos. Su éxito con las mujeres, considerado como una muestra de su extraordinaria virilidad, suscitaba envidia y admiración tanto entre los hombres como entre las mujeres. Ver a la joven que lo servía tan lozana, tan alegre y bonita, y encapricharse con ella fue todo uno; no perdía oportunidad, cada vez que ella se acercaba a servirlo, de decirle un requiebro, cogerle una mano o rodearle el talle con su brazo. Toda se reía, como siempre hacía, y corría hacia Martín quien, desde el otro extremo de la sala, no la perdía de vista e iba enfurruñándose a medida que los ademanes del rey consorte se volvían más y más familiares.

Afuera, en la plaza, el pueblo llano se divertía, cantaba y bailaba al son de la dulzaina y el tamboril. En el interior, el banquete iba adquiriendo las proporciones de una bacanal debido al calor, a las especias de las viandas y al mucho vino, sidra y otras bebidas, que generosamente se escanciaba una y otra vez en los potes vacíos de los comensales. Don Fernando se mantenía sereno, pues era sobrio en el comer y en el beber, pero no perdía de vista a la joven que, sofocada por el calor, había abierto su camisa y dejaba entrever el nacimiento de unos pechos juveniles, pequeños y firmes.

El interés del príncipe no pasó desapercibido; Tristán Díaz de Leguizamón, atento a todos sus gestos y movimientos, seguía con la suya la mirada real y pronto entendió que deseaba conocer a su joven pariente. Sin duda, pensó acertadamente, favorecer dicho deseo no haría sino aportarles grandes beneficios a él y a su linaje. No era cuestión de dejar pasar una oportunidad

ofrecida, nunca mejor dicho, en bandeja de plata y, al finalizar el banquete, llamó a Toda a una habitación contigua a la sala que poco a poco iba vaciándose de comensales dispuestos a hacer la digestión contemplando los fuegos de artificio lanzados desde el otro lado del río, desde Bilbao la Vieja.

—Toda –comenzó sin mayores preámbulos–, su Alteza se ha sentido muy satisfecho por el banquete que le hemos ofrecido y, es más, ha puesto sus ojos en ti. Esto es un gran honor por parte de alguien que está acostumbrado a rodearse de las mujeres más bellas del reino.

La joven escuchaba con una medio sonrisa sin entender muy bien lo que de ella se esperaba.

—Es preciso, y obligación nuestra –prosiguió él sin siquiera pestañear–, que su estancia entre nosotros transcurra de la manera más placentera posible. Puesto que desea conocerte, esta noche la pasarás en la torre de Arbieto.

Toda empezaba a comprender adónde quería llegar el jefe de su linaje, y sus ojos se abrieron de estupor.

—¿Queréis decir –balbució– que he de pasar la noche con él?

—Así es. Con ello harás un gran bien a tu familia y contribuirás a que nuestras relaciones con la Corona sean fructíferas y amistosas.

—¿Lo ha ordenado él?

—¡Por supuesto que no! No hace falta que un rey ordene algo para que los demás sepan lo que desea.

—Pero… ¡No puedo hacerlo! –exclamó horrorizada–. ¿Cómo sois capaz de proponerme algo semejante? Sois el cabeza de familia y debéis velar por todos vuestros parientes…

Tristán Díaz de Leguizamón comenzaba a impacientarse; no estaba acostumbrado a que los miembros de su linaje discutieran sus decisiones y, mucho menos, una jovenzuela a la

que podía borrar de la faz de la tierra en menos de un santiamén. Más de uno había caído por bastante menos.

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo –se molestó en explicarle–, velar por mis parientes y sus intereses, incluidos los tuyos.

—Pero –insistió la muchacha débilmente–, estoy prometida a Martín Sánchez de Arana. Nuestras bodas se celebrarán en otoño.

Las lágrimas habían comenzado a resbalar por su rostro y hablaba entre hipos y suspiros.

—Cada uno de nosotros sirve a la familia de la mejor manera que sabe y puede. –Su tono no admitía réplica–. En las guerras y peleas nuestros hombres mueren o quedan mutilados, pierden sus fortunas y ven quemadas sus heredades. La honra de una mujer es bastante menos importante que la vida de un hombre, y no es mancilla, sino honor, ser elegida por tan gran señor.

—¡No lo haré! –replicó ella furiosa–. ¡No soy una ramera para calentar la cama de ningún hombre, por muy alto que sea su rango!

La respuesta del jefe del linaje fue una sonora bofetada que la lanzó contra la pared y la hizo caer al suelo. Después, sacó el cuchillo de su vaina y colocó la punta en su mejilla.

—¡Sí que lo harás! Lo harás porque así lo requieren las circunstancias y será de grado o a la fuerza. ¿Lo entiendes? De lo contrario, desfiguraré tu bonita cara y te daré a mis hombres. No serás para Martín de Arana ni para ningún otro.

Leguizamón salió de la estancia cerrando la puerta tras de sí, dejándola confusa y sumida en la mayor de las desesperaciones. Minutos más tarde, hombres de su confianza fueron a buscarla y la condujeron a la torre de Arbieto. A la mañana siguiente y en los días que siguieron, todo el mundo supo que

Toda de Larrea se había convertido en la manceba del príncipe. Era un hecho claro a la vista de todos; apareció al lado de don Fernando durante su estancia en la villa y luego lo acompañó en la ruta por las villas juraderas. Su madre y su hermano no pudieron aproximarse a ella en ningún momento, Tristán de Leguizamón había montado un férreo control en torno a su persona.

Dos días después, la comitiva real abandonaba Bilbao y se dirigía a la villa de Larrabetzu, en el valle de Txoriherri, o *pueblo de pájaros*, así llamado por ser zona de bosques en los que anidaba gran cantidad de aves. Allí por donde pasaba, los naturales salían a ver el cortejo, y sus ojos se llenaban de caballeros vestidos con terciopelos, sedas y armiños, montados en caballos de patas finas tan engalanados como sus jinetes; de damas elegantes con joyas y ropajes suntuosos, algunas a caballo y otras en carros descubiertos, tapizados para la ocasión con telas suaves y grandes cojines; de clérigos de todas las órdenes, con hábitos blancos, negros, marrones, grises y cráneos rapados; de pajes y soldados, decenas de soldados, con armaduras relucientes marchando al ritmo de los tambores por delante, por detrás y a ambos lados del largo cortejo. Pero era, sobre todo, don Fernando quien más impresión causaba entre la población rural que jamás había tenido ocasión de contemplar a un grande de la Tierra. Vestido con una casaca de rojo terciopelo de Damasco, a juego con las calzas, una capa corta de armiño por encima de los hombros, un sombrero de pluma y piedras preciosas y montado sobre su caballo árabe, regalo del sultán de Marruecos, el rey de Aragón sonreía y saludaba a las gentes que lo vitoreaban desde el borde del camino. Nunca

olvidarían aquel momento y guardarían el recuerdo para contárselo a sus hijos y nietos.

Pedro de Larrea, cuya madre le había encargado no perder de vista a Toda, cabalgaba tras la comitiva en compañía de otros Parientes Menores; apretaba los labios con fuerza y apenas respondía a las preguntas de sus compañeros de viaje tratando de apercibir, sin conseguirlo, a la muchacha sentada en uno de los carros de las damas. Escuchaba los vítores de los campesinos pensando que, en realidad, aquellas gentes no vitoreaban al hombre que había mancillado a su hermana, sino a los jefes de los linajes vizcaínos que cabalgaban juntos. Estaba seguro de que creían que, por fin, habían terminado los enfrentamientos que tanto dolor causaban en el Señorío. Ver juntos a los Zurbarán y Leguizamón, a los Butrón y Abendaño, a los Salazar y Marroquín, era algo con lo que siempre habían soñado, y sus corazones se llenaban de gozo a la espera de un futuro más tranquilo.

Don Fernando juró los Fueros en Larrabetzu, y después en Gernika y en Bermeo. Toda de Larrea se mantuvo en todo momento a su vera. Cada vez que la comitiva se detenía para recibir homenajes, su hermano atisbaba su palidez y comprobaba que la alegría había abandonado su rostro siempre risueño, pero también comprobó cuán fuerte era su orgullo pues en ningún momento bajó la cabeza, ni aparentó dolor al escuchar los sucios comentarios de los cortesanos e, incluso, de algunos de sus parientes.

Una semana después de su llegada, el rey consorte de Castilla abandonó Vizcaya para dirigirse a Vitoria. Dejaba tras de sí a un bando favorecido por su apoyo, unas finanzas señoriales descalabradas, un recuerdo imborrable entre la gente sencilla y a una joven de quince años preñada, y cuyo futuro era cuando menos incierto.